

NI UN HOMBRE NI UNA PESETA: MANUEL CIGES APARICIO Y EL ANTIMILITARISMO SOCIALISTA (1893-1912)

Ni un hombre ni una peseta: Manuel Ciges Aparicio and the socialist antimilitarism (1893-1912)

MARÍA GAJATE BAJO

Universidad de Salamanca

mariagajate@usal.es

Cómo citar/Citation

Gajate Bajo, María (2026).

Ni un hombre ni una peseta: Manuel Ciges Aparicio y el antimilitarismo socialista (1893-1912).

Historia y Política, avance en línea, 1-32.

doi: <https://doi.org/10.18042/hp.2026.AL.10>

(Recepción:02/06/2025; evaluación:04/09/2025; aceptación:12/03/2026; publicación en línea: 25/09/2026)

Resumen

A principios del siglo xx, el socialismo en España endureció su posicionamiento antimilitarista como resultado de los muchos padecimientos de los soldados en la guerra de Cuba, primero, y durante las campañas hispano-marroquíes, después. Si bien la nueva Ley de Reclutamiento y Reemplazo de 1912 supuso teóricamente la universalización del servicio militar gracias a la eliminación de la redención a metálico y de la sustitución, la creación de la figura del soldado de cuota se convirtió en un subterfugio para que los más pudientes siguieran evadiendo esta temida imposición. Por este motivo, los obreros continuaron contemplando el servicio militar como un «impuesto de sangre» exclusivamente aplicable a los pobres. En este contexto ideológico es en el que debe entenderse la amplia producción ensayística y periodística de Manuel Ciges Aparicio, que constituye el principal objeto de análisis de este artículo. Mediante el examen de sus contribuciones en la prensa obrera (1893-1912) y, sobre todo, en su libro *Entre la paz y la guerra: Marruecos*, compilado en 1912, se persigue una aproximación a su pensamiento de honda raíz republicana y abandonista, precursor del antimilitarismo socialista.

Palabras clave

Socialismo; antimilitarismo; leva; cuota; protectorado de Marruecos.

Abstract

At the beginning of the 20th century, socialism in Spain hardened its anti-militarist position as a result of the many sacrifices made by soldiers in the Cuban War, first, and throughout the Spanish-Moroccan campaigns, later. Although the new Recruitment and Replacement Act of 1912 theoretically universalised military service by eliminating cash redemption and substitution, the creation of the figure of the soldado de cuota became a subterfuge for the wealthiest to continue evading this feared imposition. For this reason, the workers continued to picture military service as a «blood tax» exclusively applicable to the poor. It is in this ideological context that the extensive essayistic and journalistic production of Manuel Ciges Aparicio, which constitutes the main object of analysis of this article, must be understood. By examining his contributions in the workers' press (1893-1912) and, above all, in his book *Entre la paz y la guerra: Marruecos*, compiled in 1912, we seek an approach to his thought of deep republican and abandonist roots, which was a precursor to the anti-militarism of the socialists.

Keywords

Socialism; anti-militarism; levy; fee; Spanish protectorate in Morocco.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. II. DE LAS QUINTAS A LA LEY DE RECLUTAMIENTO DE 1912. III. «¡NO A LA GUERRA!». RAÍCES DEL ANTIMILITARISMO SOCIALISTA EN CUBA Y MARRUECOS. IV. MANUEL CIGES APARICIO: UNA VIDA COMO PUBLICISTA DEL ANTIMILITARISMO. V. CONCLUSIONES. *BIBLIOGRAFÍA.*

I. INTRODUCCIÓN

El Ejército español y su historia han cobrado un notable protagonismo en la bibliografía reciente. Dentro de las amplias posibilidades de estudio que este campo de investigación ofrece, el soldado constituye un actor sobresaliente en consonancia con un creciente interés académico por la experiencia del combate y por las fuentes testimoniales.

Desde esta premisa, el objetivo del presente artículo es doble. Por un lado, se pretende examinar el funcionamiento del sistema de reclutamiento militar en España desde 1893 —al estallar la primera campaña de Melilla— hasta 1912. Así se podrán entender mejor cuáles fueron las circunstancias vitales de los mozos sorteados destinados a combatir, primero en Cuba y después en el Rif, una región inhóspita al norte de Marruecos¹. Por otro lado, se analizarán las bases del antimilitarismo socialista en España durante el mismo periodo, aunque reparando sobre todo en su evolución a lo largo de las campañas militares hispano-marroquíes².

El testimonio de Manuel Ciges Aparicio (1873-1936) nos servirá para acometer ambas empresas. El valor de sus escritos radica en la denuncia de una evidencia: más allá de los discursos que glorificaban el carácter heroico del soldado español, muchos combatientes huían del frente en cuanto podían, por la vía legal o por otras. Sus motivaciones eran fácilmente descifrables, si bien este periodista fue un aventajado a la hora de ayudarnos a empatizar con

¹ La zona norte del Marruecos español, de acuerdo con lo acordado en 1912, disponía de una superficie de 22 790 kilómetros cuadrados (frente a los 415 000 kilómetros cuadrados asignados a Francia). Se trataba de un terreno montañoso, de clima adverso y con un régimen hidrográfico muy pobre, lo que le valía el sobrenombre de la *espin*a de Yebala y el *hueso* del Rif.

² Para una visión panorámica de ambos conflictos: Pérez-Llorca (1998); Sevilla López (2019); Sánchez Andrés (2020); Madariaga (2009), y Fontenla (2017).

ellos: no veían sentido a una guerra que no habían provocado y a la que eran enviados sin los medios y sin la preparación requerida³.

Manuel Ciges Aparicio, con una amplia trayectoria vital que le había conducido a luchar en el territorio marroquí (1893-1896) y también en el antillano (1896-1898), contribuyó como pocos intelectuales con sus escritos a comprender esta realidad⁴. Aunque no sorprenden las alusiones a sus artículos en las investigaciones recientes sobre la labor periodística o la memoria generada por ambos conflictos coloniales⁵, hasta la fecha no se han examinado con detenimiento las claves de su argumentario antimilitarista. Tampoco se han valorado convenientemente sus aportaciones pioneras al pensamiento socialista, que denuncian la tremenda injusticia cometida por el Estado contra el soldado pobre. No obstante, Ciges conjuga experiencia de primera mano, talento literario y capacidad de análisis en un contexto de reconfiguración de los intereses coloniales de España y ello justifica la elección de su obra como objeto de estudio. El volumen compilatorio *Entre la paz y la guerra* será la principal herramienta empleada para aproximarnos a su ideario. Asimismo, aunque de un modo parcial por tratarse de un libro más conocido, también se rastreará el origen de algunos de sus razonamientos en *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra*⁶. Por último, el recurso a fuentes hemerográficas y de carácter legal servirá para completar la base documental de este trabajo.

II. DE LAS QUINTAS A LA LEY DE RECLUTAMIENTO DE 1912

La conscripción militar constituye un terreno de estudio consolidado desde hace tiempo en un país donde históricamente esta ha despertado una

³ A propósito del Ejército español, pueden consultarse: Puell de la Villa (2005); Alía Miranda (2018), y Gracia Alonso (2024). Sobre los soldados y su mentalidad en la época estudiada: González-Pola de la Granja (2003) y Losada (2019).

⁴ Además de las obras de Cecilio Alonso, referenciada más adelante, solo puede destacarse una monografía sobre Ciges que abunda en su carácter irreverente y en su afición por la literatura social (Arribas, 1984).

⁵ López Barranco (2002: 68-72 y 92) e Iglesias Amorín (2022: 145 y 225-226).

⁶ Se trata de la continuación de otros dos libros de memorias, *El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903) y *El libro de la vida doliente: del Hospital* (1906), y, a su vez, del predecesor de *El libro de la decadencia: del periódico y de la política* (1907). Los cuatro títulos integran la serie *La lucha de nuestros días* y sintetizan su pensamiento social junto a *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910).

notable oposición⁷. De hecho, pueden citarse un par de publicaciones útiles y coetáneas al periodo examinado para aproximarse a las particularidades de la leva en el tránsito del siglo XIX al XX. Se trata de *El problema del reclutamiento en España*, del teniente coronel Pío Suárez Inclán, y *El servicio militar obligatorio (información internacional)*, escrito por Ángel Pulido con la intención clara de persuadir a sus lectores de los logros de Canalejas en materia castrense⁸.

Mucho más reciente, pero convertido en un clásico sobre el estudio de redimidos, sustituidos y cuotas, es el trabajo de Nuria Sales⁹, que además de significar un primer acercamiento metódico al análisis de las sociedades de seguros contra quintas, incentivó la eclosión de otras tantas investigaciones con enfoques más parciales¹⁰. El siguiente hito el estudio de la conscripción, dos décadas después, fue la publicación de *El soldado desconocido*, escrito por Fernando Puell de la Villa —una magnífica investigación sobre el soldado corriente, su procedencia y evolución en el tránsito de la Ilustración al Liberalismo¹¹—. Iniciado el nuevo milenio, la obra de Valentina Fernández Vargas, titulada *Sangre o dinero*, marcó el último jalón reseñable en el dilatado proceso de consolidación de este campo historiográfico¹². Su carácter divulgativo, a la par que bien documentado, evidencia lo atractivo de estas investigaciones para los lectores.

Conviene aclarar que la idea de reclutar hombres por sorteo para el Ejército procede de los repartimientos forzosos que se iniciaron en tiempos de Felipe III, allá por 1620, cuando con voluntarios, maleantes y vagos no se lograba completar el cupo considerado necesario para garantizar la defensa de las fronteras. Bautizadas como «quintas» —por analogía con el quinto regio de lo descubierto en América—, solo llegaron a regularizarse a comienzos del siglo XVIII¹³. Además, fue preciso esperar hasta la aprobación de la Constitución de 1812 para que se estableciera la obligatoriedad del servicio militar (art. 361), idea que se reiteró en las posteriores constituciones, incluida la de la Restauración de los Borbones, de 1876 (art. 3). Ahora bien, desde la temprana

⁷ Borreguero (1990) y Feijóo (2023).

⁸ Suárez Inclán (1915) y Pulido (1911).

⁹ Sales de Bohigas (1974).

¹⁰ Fernández Bastarache (1977); Serrano (1982), y Navajas (1991). Algo posteriores son los estudios centrados en los casos leridano, riojano y granadino: Molina Luque (2012) y Frieyro de Lara (2000 y 2002).

¹¹ Puell de la Villa (1996).

¹² Fernández Vargas (2004). Tras esta publicación, otras dos tesis doctorales reseñables sobre el asunto: Rivilla (2014) y Bermúdez (2020).

¹³ Borreguero (1989: 86). Este análisis sobre el variopinto impacto social de la quinta (familia, trabajo, vida municipal, etc.) puede seguir considerándose modélico.

fecha de 1819 se introdujo la posibilidad de evadir el servicio mediante un pago, y cuatro años después empezó a perfilarse la sustitución¹⁴. Se debe reparar en tres fechas para entender mejor las implicaciones de lo enunciado: 1885, 1909 y, por último, 1912.

Aunque la Constitución de 1876 establecía, en efecto, el carácter obligatorio de la conscripción, con la aprobación de la Ley de 11 de julio de 1885 (retocada ligeramente en 1896) fue posible esquivar la leva hasta 1912¹⁵. Las vías diseñadas para ello fueron dos: la sustitución, una fórmula barata pero no muy utilizada debido al riesgo de desertión por parte del sustituto, y la redención a metálico con el abono de 1500 (para la Península) o 2000 pesetas (en Ultramar)¹⁶. El diario conservador *La Época*, por ejemplo, justificaba la legitimidad de la redención durante la campaña cubana porque «la cultura social y el dinero establecen diferencias en todas las clases sociales (...). De la misma manera que el sastre hace su ropa y el rico la compra, el pobre sirve a la patria haciendo el servicio de cuartel, propio de su estado social»¹⁷.

Frente a esta exhibición de clasismo, y siguiendo la estela de los revolucionarios del 68, en varias ocasiones se había procurado reformar el sistema de reclutamiento. Aunque estos esfuerzos resultaron baldíos, siendo particularmente célebre el fallido intento del general Cassola¹⁸. Así las cosas, y dado que las cantidades reclamadas para obviar la quinta sobrepasaban el salario anual de muchos trabajadores, sus vástagos tenían vedada la redención. Se explica de este modo la histórica repugnancia de las clases populares hacia la conscripción y el «¡que vayan los ricos!», consigna con la que se pretendía denunciar el falso patriotismo de las clases adineradas. Además, en teoría, el dinero de la redención debería emplearse para la recluta de un voluntario, pero la realidad es que, con un Ejército lastrado por el excesivo número de oficiales, estos fondos ni siquiera sirvieron para mejorar los cuarteles¹⁹.

¹⁴ Consultables en la web del Congreso: <https://shorturl.at/10SnX>. y <https://shorturl.at/FBBVm>.

¹⁵ Una buena síntesis del marco legal de la conscripción, en Granda Lorenzo y Martínez Peñas (2009).

¹⁶ Rodríguez Delgado (2012).

¹⁷ «Ecos del día», *La Época*, 13-08-1895, p. 1; y «Servicio obligatorio», *El Liberal*, 13-08-1895, p. 1. El rotativo conservador polemizaba con *El Liberal*, que aplaudía a la tropa por el «sacrificio necesario y glorioso el de dar su sangre para perpetuar la bandera y el dominio de España en Cuba».

¹⁸ Puell de la Villa (1979). El antimilitarismo del PSOE y la Segunda Internacional promovió la resistencia pasiva de los trabajadores ante el servicio militar que, paulatinamente, derivó en una rebeldía soterrada.

¹⁹ Frieiro de Lara (2024: 815).

Esta situación, y saltamos ya al segundo momento de los señalados más arriba, adquirió un carácter muy dramático en el verano de 1909, coincidiendo con el inicio de la segunda campaña de Melilla. Frente a un ejército de unos 24 000 hombres, bastó una tercera parte de combatientes rifeños para poner en jaque a las inexpertas tropas españolas gracias a sus tácticas guerrilleras y al excelente conocimiento del terreno. En Marruecos, la oficialidad quería borrar el viejo estigma del 98 y lograr oportunidades de promoción profesional. Pero realmente esta guerra conduciría a su creciente aislamiento y, en el corto plazo, el calamitoso episodio del Barranco del Lobo ocasionó 153 muertos y unos 600 heridos²⁰.

Entretanto, en la península, la llamada Semana Trágica, de tintes marcadamente anticlericales, evidenció la urgencia de modificar una ley de reclutamiento. La huelga revolucionaria iniciada en Barcelona, y su eco en otras localidades, fue la primera gran crisis del reinado de Alfonso XIII y se nutrió del rechazo popular al envío de 14 000 reservistas a las inmediaciones de Melilla. Durante la celebración del embarque, en medio de los machacones discursos patrióticos, las damas de la alta sociedad —cuyos hijos habían quedado exentos del tributo de sangre— se dedicaron a distribuir escapularios y, con ello, desataron la tormenta²¹.

Con estos antecedentes, en 1912 desaparecía por fin la redención en virtud de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo de 27 de febrero. Su artículo 4.º decía que «la prestación del servicio de las armas, por su condición personal, no admite redención a metálico, la sustitución, ni cambio de número o situación militar»²². El presidente del ejecutivo, José Canalejas, procedía del republicanismo, pero se había ido moderando desde su llegada al Gobierno dos años antes. Por esta razón, se empeñó en recomponer las relaciones con el conservador Antonio Maura, al que los sucesos de Melilla y Barcelona le habían costado la Presidencia, y en nacionalizar la monarquía. Frente al este-reotipo de la España negra, prometió una política «democrática y expansiva», que en buena medida cumplió²³.

²⁰ Madariaga (2009: 54).

²¹ Martín Corrales (2011: 126). Este autor subraya que la ira popular se dirigió hacia tres enemigos: el Estado, las clases adineradas y la Iglesia, que también respaldó la aventura colonial.

²² Real Orden de 27 de febrero de 1912, *Gaceta de Madrid*, n.º 131 de 29 de febrero de 1912, pp. 358-431.

²³ Tuvo para ello que hacer frente a dos opositores: la conjunción republicano-socialista, envalentonada con la proclamación de la República en Portugal y que, entre otras cosas, reclamaba la revisión del caso Ferrer (mientras que Canalejas defendió la

La nueva ley estableció una primera situación de servicio activo de tres años²⁴. Sin embargo, en sus artículos 267 y 268 definía la «cuota militar», génesis del soldado de cuota, creado con el objetivo de complacer a las clases acomodadas (como en otros países). Se contemplaba que en tiempos de paz —un matiz crucial— el servicio en filas pudiera ser aligerado o dulcificado. El primer artículo aclaraba que tendrían que permanecer diez meses en filas (en tres periodos de 4, 3 y 3 meses cada uno) los mozos que acreditasen el abono de 1000 pesetas, además de la instrucción teórica y práctica²⁵. El segundo artículo fijaba las mismas condiciones para los que abonasen una cuota de 2000 pesetas, reduciendo la duración del servicio a cinco meses (en dos periodos de tres y dos meses). En síntesis, este soldado podía elegir cuerpo y destino en tiempos de paz, evitando ir a África. Debía correr con sus propios gastos y no pernoctaba en el cuartel, además de hallarse libre de servicios mecánicos. Las cuotas podían pagarse a plazos y las cantidades se ingresaban en el Banco de España. En 1912 hubo 6599 cuotas, y en 1920 ascendió a 16 242²⁶.

Como escapar del cumplimiento del servicio militar continuó siendo una necesidad de primer orden para muchos, se mantuvieron algunos mecanismos para escabullirse del sistema más allá del abono de las cuotas. Para empezar, la Real Orden de 20 de enero de 1914 admitía el cambio de número entre reclutas de misma quinta, un equivalente a la sustitución²⁷. Pero es que existía, en segundo lugar, un amplio cuadro de causas para procurar la exención: las económicas, atentas a la situación financiera de la familia inmediata al mozo (madre viuda, padre enfermo, etc.); y las referidas a defectos

legalidad del proceso); y el Partido Conservador, que centró su confrontación en el exceso de indulgencia ante cuestiones de orden social y en la Ley de Candado.

²⁴ La tramitación de este texto legal fue muy compleja y larga, consecuencia inmediata de los sucesos de la Semana Trágica. El primer proyecto de ley fue leído por el ministro de la Guerra, Ángel Aznar en el Senado el 6 de octubre de 1910, lo que dio paso a su amplio debate. El texto fue sancionado por el rey Alfonso XIII el 29 de junio de 1911, y el articulado final se aprobó, tal y como ya se ha indicado, el 27 de febrero de 1912, siendo ministro de la Guerra Agustín de Luque y Coca. Anualmente el gobierno establecería los soldados que podían ser instruidos durante ese periodo. En España, este número era aproximadamente de 150 000 hombres, lo que forzaba su división en dos cupos mediante sorteo: el de filas y el de instrucción. El primero lo constituían los mozos en unidades activas, mientras que el de instrucción estaba compuesto por “excedentes”, que también recibían formación militar, pero más ligera.

²⁵ *Manual de Quintas*. Madrid: El Consultor de los Ayuntamientos, 1915, pp. 142-143.

²⁶ Sales de Bohigas (1974: 275-278).

²⁷ Real Orden Circular de 20 de enero de 1914, *Diario Oficial del Ministerio de Guerra*, n.º 16 de 21 de enero de 1914, p. 157.

físicos. Las condiciones que se exigían para ser declarados aptos eran 150 cm de altura, 48 kg de peso mínimo y, al menos, un perímetro torácico de 75 cm. Y, en efecto, fue usual el sometimiento a dietas brutales para quedar por debajo de estos parámetros. Baste para ilustrar lo señalado que ya en 1912 se determinó la exclusión —«inútiles por falta de peso» — de 51 800 mozos (27 % de los alistados), cifra que sorprendió muchísimo a las autoridades. Para limitar la picaresca, una Real Orden de 15 de febrero de 1913 suprimió la condición de peso²⁸. Por último, un tercer camino para evadir el servicio militar consistía, simplemente, en no presentarse tras la llamada a filas. Mientras que el porcentaje de prófugos, predominantemente jóvenes de la periferia, se situaba en el 5,5 % del total de los mozos de remplazo en 1898, la cifra escaló al 10,3 % en 1909 y hasta el 22,1 % en 1914²⁹. Por lo tanto, ni el endurecimiento de los dispositivos policiales fronterizos ni la creación de la cartilla militar obligatoria, al término de 1913, lograron contener las fugas a territorio americano. Las agencias de deserción, a cambio de unos 60 duros, se ocupaban de preparar el papeleo y el pasaje precisos para el viaje.

Puede concluirse este apartado señalando que el juicio historiográfico sobre la Ley de Reclutamiento y Remplazo de 1912 no ha sido unánime a la hora de ponderar su trascendencia. Así, unos han entendido que quizás hoy pueda parecer poca cosa, pero la riqueza dejaba de ser un escudo para esa minoría de españoles acomodados. Al menos cinco o diez meses de su juventud deberían en adelante permanecer en el cuartel³⁰. Otros, en cambio, han incidido en la supervivencia del agravio comparativo, ciertamente atenuado³¹.

III. «¡NO A LA GUERRA!» RAÍCES DEL ANTIMILITARISMO SOCIALISTA EN CUBA Y MARRUECOS

Las políticas de rearme y el militarismo, por extensión, han generado habituales controversias en España y todavía lo siguen haciendo³². De hecho,

²⁸ Real Orden Circular de 15 de febrero de 1913, *Diario Oficial del Ministerio de Guerra*, n.º 38 de 18 de febrero de 1913, p. 516.

²⁹ García Moreno (1983: 67).

³⁰ Puell de la Villa (1996: 301).

³¹ Velasco (2020: 268).

³² Jorge Bustos: «¿Enviaría a su hijo a luchar por Ceuta?», *El Mundo*, 17-02-2025. A pesar de lo que pueda deducirse del título, el periodista reflexiona sobre el histórico antimilitarismo de los españoles y sobre cómo este se ha evidenciado notablemente coincidiendo con el estallido de la guerra de Ucrania. Para un acercamiento más

el lema que encabeza este epígrafe, tan familiar en nuestros días, no es más que la versión actualizada de tantas otras consignas socialistas de amplísima resonancia histórica, entre las que figuran a la cabeza algunas, como «Ni un hombre ni una peseta», con el que se respondía a una controvertida petición de Mateo Sagasta, y el «O todos o ninguno»³³. Podríamos, igualmente, traer a colación para evidenciar este sentimiento de rechazo popular algunas coplas del cambio de siglos, como la de «quinta, enganche y escorpión, muerte sin extremaunción»³⁴.

En la oposición del PSOE a las guerras coloniales, y en el ascenso político de Pablo Iglesias, el servicio militar se reveló como una pieza clave. El posicionamiento del líder socialista, además, atendía a las resoluciones de los congresos de la Internacional celebrados en Londres (1896), Ámsterdam (1904) y, ante todo, Stuttgart (1907) —con su «¡Guerra a la guerra!»—³⁵. En la capital londinense, los delegados del PSOE, encabezados por Iglesias, suscribieron ya un primer manifiesto contra la guerra y el colonialismo, incluyéndose una mención expresa a favor de Cuba, Creta y Macedonia. Sin embargo, los principios internacionalistas no pesarían tanto como la experiencia de combate a la hora de poner en marcha la campaña de protestas³⁶.

En este sentido, Iglesias supo instrumentalizar en su provecho tanto el precedente de las quejas de 1896 contra el reclutamiento en ciudades como Madrid, Valencia, Alicante o Zaragoza³⁷, como el convencimiento público de que los españoles morían por defender los intereses del capitalismo, encarnados particularmente en algunos consorcios mineros. Y es que, en efecto, el servicio militar era profundamente odiado antes de 1912 y, también, continuó siéndolo después. Los hechos hablan por sí mismos.

académico a la cuestión, y también más atento a la incertidumbre, a veces miedo, generado ocasionalmente en torno a las ciudades autónomas y Gibraltar, véase Doñate (2020).

³³ Entre los investigadores que más han incidido en lo errático de esta consigna, centrada en igualar por el mismo rasero a pobres y ricos, en lugar de incidir en el fin de los conflictos coloniales, López García (2007: 179).

³⁴ Gil Muñoz (2002).

³⁵ A propósito de las respuestas europeas ante el fenómeno colonial, una sugerente visión panorámica (lamentablemente, no se incluyen los ejemplos ni español ni luso), en Mackenzie (2011). El congreso de Stuttgart marcó un aldabonazo en las páginas de *El Socialista*, que otorgó desde entonces mucho protagonismo a los asuntos coloniales. Consúltase Serrano (1998: 285).

³⁶ «¡O todos o ninguno!», *El Socialista*, 15-10-1897.

³⁷ Pérez Vejo (2020: 117-118).

Durante el conflicto cubano, los socialistas exteriorizaron su repudio en reiteradas ocasiones y para ello se escudaron, sobre todo, en condenar que los hijos de la burguesía evadían el servicio militar mientras que solo el proletariado cargaba con la sangría bélica. Junto a la denuncia de este falso patriotismo, los otros dos rasgos que explican la actitud socialista ante esta contienda fueron el rechazo un tanto abstracto hacia la guerra como vehículo para la resolución de conflictos y la censura de la codicia capitalista³⁸. *El Socialista* no dudó en denunciar las duras condiciones en que eran repatriados los soldados heridos y enfermos, llamando a la protesta en un artículo titulado «Asesinos»:

Este es el nombre que cuadra a los que abarrotan o consienten que se abarroten los buques de Transatlántica con soldados moribundos, a quienes, cual si hubieran sufrido poco en el insano clima de Cuba, se les impone una horrible y cruel agonía.

Este es el nombre que merecen los que, con entrañas más duras que las hienas, arrancan de las camas de los hospitales de Cuba para sepultarlos en el mar o hacer que mueran en los brazos de los que los desembarcan en la península³⁹.

El hacinamiento en los transportes, a tenor de estos comentarios, constituía el golpe de gracia para cientos de cuerpos muy castigados por la barbarie de la contienda. Pablo Iglesias, siempre muy crítico con la ambición expansionista de los Estados Unidos y con el discurso agresivo de la prensa de gran circulación, lamentó la pérdida de miles de hombres en la guerra antillana y se interrogó sobre los beneficiarios de la misma:

Para la Compañía Transatlántica, que con ella hace el gran negocio. Para unos cuantos mercachifles, que explotan, mejor dicho, roban en Cuba a los soldados. Para dos o tres docenas de empresas periodísticas (...). Para un puñado de militares, que van a buscar a ella estrellas o entorchados (...). En cambio, perjudica a la casi totalidad de la nación, y muy principalmente a los trabajadores, que son los que dan los hombres para la guerra⁴⁰.

Aunque el PSOE promovió una cuarentena de mítines en diversas ciudades, los procesos de Montjuic y la entrada de EE. UU. en la lucha

³⁸ Núñez Florencio (1990: 248-249).

³⁹ «Asesinos», *El Socialista*, 24-09-1897, p. 2.

⁴⁰ Pablo Iglesias: «Venga la paz», *El Socialista*, 01-01-1898, p. 1. Y también en la misma línea, criticando el rechazo a la autonomía isleña: «Los causantes de la guerra», *El Socialista*, 22-04-1898, p. 1.

terminaron por asfixiar esta campaña⁴¹. Los textos en los que también se denunciaban las desgracias ocasionadas por la contienda ultramarina fueron muchos⁴². Y es que, de acuerdo con algunas estimaciones, España había llegado a acumular en Cuba un ejército de más de 200 000 hombres. Murieron unos 64 000 de ellos, más por la fiebre amarilla, el paludismo y la disentería que por los percances en el campo de batalla⁴³. Coincidiendo con la llegada a Madrid de la primera expedición de repatriados, el rotativo obrero volvía a cargar las tintas al denunciar su pésimo aspecto: «En los semblantes de la mayoría de aquellos muchachos notábanse las huellas del más acerbo sufrimiento, de las más crueles vicisitudes, y en algunos se adivinaban ya los siniestros albores de la muerte»⁴⁴.

Las penalidades para la tropa, no obstante, perduraron más allá del 98. Por este motivo, la oposición a la guerra reverdeció desde 1907, tras el asesinato de unos obreros en Casablanca. Los franceses se movilizaron y los españoles, a tenor de lo firmado en la Conferencia de Algeciras, hicieron lo propio. *El Socialista* se apresuró entonces a dar la voz de alarma contra «las absurdas guerras coloniales, y a imponer el “o todos o ninguno”, que no es sino el cumplimiento estricto de la ley»⁴⁵. Además, en el VII Congreso de la Internacional Socialista, el celebrado en Stuttgart durante el mes de agosto, se acordó el inicio de una campaña de agitación contra la guerra porque «la política la colonial capitalista, en lugar de aumentar las fuerzas productivas, destruye, mediante la esclavitud y la miseria a que reduce a los nativos, así como mediante guerras asesinas y devastadoras, las riquezas naturales de los pueblos»⁴⁶. Iniciada tres meses más tarde, se vio algo deslucida porque Iglesias fue expulsado de Francia y, como réplica, el diputado socialista Willm lo fue de España⁴⁷.

⁴¹ Elorza y Sandoica (1998: 372-374).

⁴² Para profundizar en el comportamiento de la prensa durante la contienda cubana, consúltese Lima Sarmiento (2016). Y a propósito de la línea editorial adoptada por *El Socialista*, a lo largo de series tituladas «La cuestión de Cuba» o «Contra la guerra», véase Qiu (2018: 284-301).

⁴³ Santos (1998: 143).

⁴⁴ «Los repatriados en Madrid», *El Socialista*, 09-09-1898, p. 3.

⁴⁵ «¡O todos o ninguno!», *El Socialista*, 09-08-1907, p. 1.

⁴⁶ Resolución sobre la cuestión colonial y el imperialismo adoptada por el Séptimo Congreso de la Segunda Internacional Socialista. Disponible en: <https://shorturl.at/28uEI>. A pesar de este altisonante discurso, había quedado clara la imposibilidad de impulsar una acción homogénea porque, en algunos países, iba ganando terreno la idea de una patria amenazada, así como la necesidad de una guerra defensiva (Callahan, 2010; Maestro, 2024).

⁴⁷ «La expulsión de Iglesias. Vergüenzas republicanas», *El Socialista*, 11-10-1907, p. 1. Véase también Serrano (1998: 289-290). Esta campaña de oposición se inició con

Sin embargo, en febrero de 1908 la ocupación española de Mar Chica nutrió otra vez las quejas de los socialistas y municionó los discursos del Primero de Mayo de 1908, en los que se incidió en la supresión de la redención a metálico⁴⁸. Además, en diciembre de 1909, en su faceta de concejal madrileño, Iglesias se alzó contra la propuesta del alcalde de que se aprobara una moción para levantar estatuas a los «héroes» de la guerra del Rif. Al año siguiente saldría elegido diputado por la capital.

Para terminar este breve repaso cronológico, es preciso subrayar que las autoridades registraron actos de protesta contra el conflicto marroquí en toda España en 1912, coincidiendo con el despliegue territorial en la zona de Larache ordenado por Canalejas: algunos motines fueron organizados por la Conjunción Republicano-Socialista y otros solo por el PSOE. Fue el caso de Aspe, Alicante, La Línea (Algeciras), Éibar, Bilbao, Vigo o San Sebastián⁴⁹.

Cabe preguntarse sobre cuáles fueron esas deplorables condiciones de vida en el frente marroquí que espolearon, una vez más, el argumentario de los opositores a la campaña. Los soldados que combatieron en Marruecos procedían mayoritariamente de las clases humildes. Así que la miseria y el atraso eran, con certeza, los rasgos que mejor los definían. Venían de un medio pobre, mal alimentados y sin conocer mundo apenas, lo que evidentemente agravaba su sensación de enfrentarse a un medio hostil —que lo era, incluso con casos de maltrato por parte de la oficialidad⁵⁰—, así como el miedo ante los moros. Ni su grado de instrucción ni la preparación psicológica eran las requeridas para la complejísima misión colonial. Por supuesto, las familias también sufrían con la movilización forzosa, un considerable varapalo en forma de descenso de la renta familiar, que obligaba habitualmente a

un acto, en el Frontón central de Madrid, bajo la presidencia de Largo Caballero, y se estima que asistieron unas 8000 personas, siendo muy notable la presencia femenina.

⁴⁸ Las juventudes madrileñas fueron las primeras en organizar un mitin contra la redención. Lo hicieron en un barracón situado donde hoy se erige el teatro La Latina. De acuerdo con el testimonio de Purificación Fernández, la representante del grupo femenino, «no llenamos el local (...). La prensa no publicó la convocatoria (...). Pocos, muy pocos afiliados a la Agrupación Socialista acudieron al acto. No importaba. Ya llegaría el día en que fuéramos escuchados como lo fuimos». La referencia es de Andrés Saborit. En *Apuntes históricos: Pablo Iglesias, UGT, PSOE*, Fundación Pablo Iglesias, Archivo Andrés Saborit Colomer, Caja XXVII/XXXVI, p. 1024.

⁴⁹ Bermúdez (2020: 274).

⁵⁰ Balfour (2002: 385).

doblar las horas para las labores agrarias e industriales⁵¹. Los sucesivos Gobiernos a duras penas lograron paliar estos males, puesto que ni la creación de los primeros Grupos de Regulares de Melilla, en 1911, ni el nacimiento del Tercio de Extranjeros, en 1920, hicieron que los indígenas y voluntarios resultaran suficientes para remplazar a las tropas metropolitanas⁵².

En el Rif, la falta de higiene fue total y enfermedades como el tifus o el cólera campaban a sus anchas⁵³. Desde los puertos andaluces los quintos eran embarcados en deplorables condiciones de hacinamiento hacia Melilla y Ceuta. Allí el adiestramiento era pésimo por su brevedad. El aburrimiento era el sentimiento imperante en los blocaos. Resulta difícil imaginar la enorme distracción que acarreaba la aparentemente anecdótica llegada del correo. Los demonios del hambre y, sobre todo, la sed, dominaban las vidas de estos jóvenes, que dedicaban todo su ingenio a evadir los peligros del combate. Para ello, buscaban el «tiro de suerte» en alguna extremidad, que les permitiese alejarse por un tiempo del frente, se provocaban úlceras, simulaban padecer gonorrea o acudían a los prostíbulos en busca de alguna venérea. Únicamente servían como entretenimientos la lectura o el cine, mientras que el juego, el sexo y el alcohol, día tras día, se adueñaban de sus mentes⁵⁴.

Conocidas estas circunstancias en la península, no extraña que Leopoldo Romeo lanzase estas amenazadoras palabras desde *La Correspondencia de España*:

Contra un país es imposible luchar. Y España no quiere oír hablar de Marruecos. A excepción de media docena de caballeros políticos, de unos cuantos bolsistas de sube y baja y de otros cuantos pescadores a ríos revueltos, nadie desea ni aventuras, ni provocaciones (...). Supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan diez, 20, 30, 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y qué? Pues para nada. Absolutamente para nada, como no sea para gastar una centena de

⁵¹ Beatriz Frieyro de Lara, *De campesino a soldado...*, p. 164.

⁵² Con el empleo de nativos en Marruecos se procuró —además de ahorrar bajas peninsulares— emular a otros ejércitos europeos, pero el éxito fue escaso debido a las reducidas dimensiones del imperio español. Todos procedían del norte del Sultanato, donde los lazos de sangre pesaban a la hora de desertar (una de las razones, andando el tiempo, del Desastre de Annual, por cierto). En cuanto a la creación de la Legión, se dilató por razones económicas. Los voluntarios eran «soldados caros» y su muerte implicaba el abono de primas no amortizadas, pensiones a hijos o viuda, pensión en caso de mutilación, etc.

⁵³ Urquijo (1910: 92).

⁵⁴ Barea (1986).

millones, que aquí hacen mucha falta y que allí no servirán para nada... No lo olviden los gobiernos que gobiernan y los reyes que reinan. Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será ir⁵⁵.

A pesar de este premonitorio aviso, se fue. Aunque lo hemos soslayado intencionadamente más arriba, al enumerar los grandes hitos de las protestas socialistas contra la guerra, la peor parte se la llevaron los reservistas movilizados en julio de 1909 porque, además de hallarse desentrenados, muchos tuvieron que separarse de sus mujeres e hijos, renunciando también a sus empleos. Junto a Barcelona, otras localidades también se vieron inmersas en la oleada revolucionaria a partir de la declaración de huelga del día 26: Terrassa, Sabadell (se llegó a proclamar la República), Mataró, Manresa, etc. Se registraron algunos incidentes menores en Calahorra, en varias localidades riojanas, Valencia, Zaragoza, etc. Asimismo, se sucedieron los mítines de protesta, siguiendo el ejemplo del organizado el día 11 por la Agrupación Socialista madrileña, en ciudades como Bilbao, Salamanca, Santander o Valencia⁵⁶.

Los disturbios catalanes concluyeron con más de tres mil detenciones y cinco fusilamientos, entre ellos el de Francisco Ferrer y Guardia⁵⁷. Los dirigentes socialistas, por su parte, radicalizaron sus mensajes: Iglesias pidió a los

⁵⁵ Leopoldo Romeo: «Ir a Marruecos es ir a la revolución», *La Correspondencia de España*, 12-06-1909, p. 1. Entre los «bolsistas», el marqués de Comillas o Güell lograron amasar enormes fortunas con su participación en empresas aseguradoras y en el control de los transportes hasta los escenarios coloniales, mediante los empréstitos al Estado para financiar las expediciones, y con la propiedad de minas y tierras en lo «conquistado».

⁵⁶ Serrano (1998: 293). El poder declinante de España coincidió con un momento expansivo para Francia, Alemania y Gran Bretaña, lo que forzó a la improvisación doctrinal por parte del socialismo español, cargando las tintas sobre la experiencia cubana. Sobre el desarrollo del antimilitarismo socialista en otras latitudes: Miller (2002), Angenot (2004) y Propes (2011), con sus reflexiones sobre el binomio antimilitarismo-antinacionalismo en Francia; Cosson (2014), que analiza también en una Francia seducida por el belicismo el rechazo de Jaurés a la glorificación de la guerra; por su parte, Howe (1993: 27-81) aborda la relación de las corrientes de izquierda con el colonialismo británico, y Claeys (2012: 124-134) ha perseverado en este análisis, así como en el antimilitarismo de algunos líderes, recientemente.

⁵⁷ El movimiento internacionalista condenó su ejecución y lamentó la represión en Barcelona. Así quedó reflejado en la Resolución sobre España del Octavo Congreso Internacional de la Internacional Socialista, celebrado en Copenhague en 1910. Disponible en: <https://shorturl.at/oZGyv>.

soldados «tirad hacia arriba»⁵⁸, Francisco Mora aseguró que los marroquíes tenían razón al atacar a los españoles invasores y Fabra Riba denunció, de modo bastante excepcional, el dolor que se le infringía a los norteafricanos⁵⁹. La protesta obrera, no debe perderse de vista, se focalizaba en el sufrimiento de los españoles y no de los marroquíes⁶⁰. En su discurso pesaba mucho más el antimilitarismo y el antibelicismo que el anticolonialismo⁶¹. Por este motivo, en *El Socialista* podía leerse: «Son ellos —nuestros gobernantes—, y no los moros, los responsables de lo que allí ha ocurrido días pasados y de lo que ocurra en lo sucesivo, y, por lo tanto, contra ellos irá nuestra crítica, nuestra indignación y nuestro odio»⁶².

En perfecta consonancia con estas palabras, Manuel Ciges Aparicio dedicó numerosos artículos a los sucesos de 1909, si bien antes ya había hecho lo propio con el conflicto antillano.

IV. MANUEL CIGES APARICIO: UNA VIDA COMO PUBLICISTA DEL ANTIMILITARISMO

Manuel Ciges Aparicio es un autor menor y escasamente recordado de la Generación del 98. Su constante preocupación por la España de su tiempo justifica la adscripción a este grupo, si bien no llegó a recibir el reconocimiento de Unamuno, Baroja o de su cuñado, Azorín —se casó en 1918 con Consuelo Martínez Ruiz—. Ciges no fue profesor ni abogado o filósofo, sino alguien hecho a sí mismo, curtido en la práctica periodística. Hasta cierto punto, su obra recuerda a la de Arturo Barea en la medida en que ambos entendieron la literatura como una herramienta de evasión: escriben para sanar el alma y haciendo gala de una mirada incisiva, aunque esperanzada.

La vida de Ciges Aparicio fue intensa, no muy larga y estuvo marcada por el trabajo incesante y un sinfín de penalidades. Como militar, combatió tanto en Melilla (1893) como en Cuba (1896) y no debió hacerlo mal en el

⁵⁸ Sobre el antimilitarismo de Pablo Iglesias a partir de 1909, véase Borrell (2003). Se analizan sus discursos parlamentarios hasta 1913.

⁵⁹ Martín Corrales (2009: 143).

⁶⁰ Entre los intelectuales más destacados del momento, pero muy distanciado del socialismo, figura Miguel de Unamuno (Gajate Bajo, 2012: 405-431). Fue de los pocos articulistas que empatizó con el sufrimiento del marroquí, aunque defendió a la vez la justicia de la ofensiva española —no como en 1898 y 1921—.

⁶¹ Gajate Bajo (2019: 94).

⁶² «Los responsables», *El Socialista*, 16-06-1909, p. 1.

campo de batalla, puesto que tempranamente fue ascendido a sargento. Ahora bien, pronto dio muestra de su natural talante contestario al relacionarse con la oficialidad, tema que le valió un prolongado paso por la cárcel. Como escritor, supo dosificar inteligentemente el realismo propio de las crónicas con lo corrosivo del género editorial, de vez en cuando salpimentado con alguna nota de humor. Su estilo revela una notoria inquietud artística, siendo capaz de conjugar el sarcasmo y la amargura con lo descriptivo para obtener un resultado veraz y, al mismo tiempo, conmovedor.

Huérfano de padre, un comerciante valenciano de paños aquejado de tuberculosis, se trasladó con su madre desde Enguera a Azuaga (Badajoz). Estudió segunda enseñanza en Badajoz, regresó luego a su localidad natal y sentó plaza como soldado, despreciando el pago de la redención que su familia le ofrecía, en marzo de 1893⁶³. Su primer destino fue el Batallón de Cazadores de Figueras, con sede en Barcelona, al que siguió una breve participación en la campaña de Melilla. Apenas destacado en Manresa, fue enviado a Cuba, donde combatió medio año. Previamente, el 1 de enero de 1896, había publicado con el seudónimo Escipión un artículo en *El País*, que entonces dirigía Alejandro Lerroux, reclamando la autonomía para Cuba:

¡Tristes noticias las que cotidianamente se reciben del teatro de la guerra! De un lado, cien mil hombres bien armados, con excelente espíritu militar; de otro, un número mucho menor, pero perfectos conocedores del país en que operan y teniendo por auxiliares eficacísimos la manigua inextricable, el miedo impuesto a los insulares, la tea incendiaria, la aleva dinamita y, en último término, las montañas de Oriente, donde se manifestó la insurrección y que puede servirle de postrer baluarte (...). Aspirar con las armas a lo que, sin deshonra, puede conseguirse por las artes de la paz, es insania. Si a los insurrectos se les llama antipatriotas y malos hijos por el fin que se han propuesto y los medios empleados, no con menos razón puede aplicarse análogos epítetos a los que con sus ambiciones y concupiscencias han sido causa eficaz de la insurrección⁶⁴.

⁶³ Durante su adolescencia, Ciges tuvo muchos desencuentros con su padrastro, lo que le animó a regresar a Enguera. Estas desavenencias son las que probablemente expliquen su carácter sensible, introvertido y de profundo rechazo hacia la autoridad. El trabajo con una mayor capacidad de penetración psicológica, además de la más completa biografía sobre este autor, es el de Alonso y Tortosa (1998).

⁶⁴ Escipión: «Pro autonomía», *El País*, 01-01-1896, p. 1. Ciges, con su petición, se anticipaba incluso a Pi i Margall.

El escritor rechazaba la intransigencia del mundo diplomático y castrense, que quizás hubiera podido evitar una contienda muy cruel, en esa «manigua inextricable», con la opción autonómica. Una vez asentado en la isla, comenzó a remitir correspondencia a Henri Rochefort, presidente del Comité Cuba Libre, además de redactor jefe de *L'Intransigeant*, criticando las operaciones militares y, en particular, la política de Weyler de reconcentración, ordenada a partir del 21 de octubre de 1896 y responsable de un genocidio por la hambruna que desató entre los mambises⁶⁵. Interceptadas sus cartas, Ciges fue acusado de alta traición y encarcelado en el castillo de La Cabaña hasta mediados de 1899⁶⁶. A estos veinticuatro meses de reclusión en La Habana le siguieron otros cuatro en Barcelona, a la espera de un indulto⁶⁷.

Una vez liberado, trabajó en las redacciones del blasquista *El Pueblo* (Valencia), *Vida Nueva* (Madrid), *El País* (Madrid), y *El Progreso* (Zaragoza), intentando desde este órgano, aunque frustradamente, consolidar el éxito electoral de la Unión Republicana de Salmerón. Sin embargo, decepcionado por esta experiencia, regresó a Madrid en 1904 y luchó por sobreponerse a sus estrecheces económicas conjugando algunas labores como traductor —Jaurés o Ruskin— con el periodismo, todo ello sin abandonar la elaboración de su tetralogía testimonial. El siguiente paso de Ciges, perdida su confianza en el radicalismo pequeño burgués, fue una campaña de denuncia de las condiciones de trabajo de los mineros españoles, condiciones con las que se había familiarizado durante sendos viajes a Riotinto y Almadén. El año 1909 resultó muy fructífero para el periodista porque, convaleciente en Quesada (Jaén) a causa de una enfermedad digestiva, aprovechó el infortunio para escribir

⁶⁵ Stucki (2017). Ciges visitó el campo de Mariel, lo que le animó a denunciar el drama que presenció. Los métodos de Weyler, ciertamente, hicieron tremendamente impopular la causa española en el mundo.

⁶⁶ Truxa (1986-1987). Después de una investigación casi detectivesca, esta autora asegura que ni la crónica en la que Ciges atacaba ferozmente a Weyler, ni ninguna otra llegaron a publicarse en la prensa gala. Su correspondencia, eso sí, fue interceptada porque empleó de intermediario a un tal Juan Vivé, un perseguido de la justicia italiana cuyo nombre real era Mario Víctor Hodivizia. De todos modos, Ciges sí que se refirió a esa enigmática crónica, así como a su declaración ante el juez, sin un ápice de arrepentimiento: «Yo soy un militar por la fuerza, que desprecia el ejército y odia las guerras. Fusíleme usted si quiere; pero no fusilará mis convicciones. He escrito lo que he sentido, y prefiero faltar a los deberes militares, que nada me importan, a dejar de cumplir con mi conciencia». Consúltase Ciges Aparicio (1985: 188).

⁶⁷ Cantavella (1998). Según el autor, «llovía sobre mojado» cuando se le enjuició, pues Ciges ya había protagonizado varios encontronazos con sus superiores estando destinado en Manresa.

varias novelas. En septiembre volvió a Enguera y, poco antes de huir a París para evitar otro procesamiento por sus artículos en *El Pueblo*⁶⁸, le escribió a Pablo Iglesias solicitando su ingreso en el PSOE.

Explicar las razones que al socialismo me incorporan, lo creo innecesario; pues sería lo mismo que discurrir sobre la gestación de mi obra literaria y periodística; el que la conozca se lo explicará fácilmente. La vida me ha enseñado más que los libros, y prefiero forjar mi obra entre los vendavales de la vida cotidiana, que tan inquieta, tan intensa y pintoresca se anuncia para España, a pacer mansamente en los benignos campos del presupuesto bajo la conducta de un amo⁶⁹.

El suyo era un socialismo sentimental, instintivo en la medida en que se fundamentaba en sus impresiones sobre las condiciones miserables en las que muchos malvivían y no en lecturas doctrinales. Su estancia parisina no fue muy larga, de apenas medio año, aunque lo suficiente para que allí recibiera Ciges la visita de Pablo Iglesias, cuando este iba camino hacia Copenhague para participar en el Congreso de la Segunda Internacional. Después de la formación del Gabinete liberal de José Canalejas, Ciges regresó a Valencia en mayo de 1910, convirtiéndose en redactor fijo de *El Pueblo*.

Recorrió el norte de África como enviado especial de este rotativo en la travesía inaugural de una nueva línea marítima entre Valencia, Ceuta y Melilla durante el verano. De esta segunda y breve estancia africana nacieron una serie de artículos, con enorme impacto peninsular, que seguidamente se analizarán. El resultado fue otro tropezón judicial y una nueva fuga a Francia, a finales de septiembre, donde no dejó de ocuparse de la cuestión colonial⁷⁰. Ciges no regresó a España hasta el verano de 1913, después del fallecimiento de Canalejas, y no se asentaría de modo definitivo en Madrid hasta avanzado 1917.

Sin embargo, este capítulo vital excede a los límites temporales de esta investigación. Baste con señalar que, poco a poco, el periodista valenciano se

⁶⁸ Manuel Ciges Aparicio: «¿Y después?», *El Pueblo*, 15-10-1909, p. 1. Esta campaña contra la ejecución del anarquista Ferrer i Guardia se prolongó durante casi un año y motivó otro encontronazo de Ciges con las Ley de Jurisdicciones: «Ciges Aparicio, perseguido», *El Socialista*, 30-11-1910, p. 3. *El Pueblo* fue el mejor exponente de la época de un periodismo muy combativo, anticlerical y populista. En defensa de Ciges, véase también el editorial: «Contra Ciges Aparicio», *Vida Socialista*, 02-10-1910, p. 9.

⁶⁹ Manuel Ciges Aparicio: «Carta a Iglesias», *El Socialista*, 12-01-1909, p. 1.

⁷⁰ Una buena síntesis de su pensamiento colonial durante la estancia parisina, en Manuel Ciges Aparicio: «Sobre Marruecos», *Vida Socialista*, 30-10-1910, p. 6.

fue alejando del socialismo, desengañado por la quiebra de la Segunda Internacional durante la Gran Guerra, y empezó a relacionarse con el círculo de los Gasset. En 1916 visitó al rey Alfonso XIII en palacio para auxiliar a los presos en poder de los alemanes, gesto que le valió la baja en el Grupo Socialista Español de París en enero de 1917. Ese mismo año regresó a Madrid para sumarse a la plantilla de *El Imparcial* como comentarista de política internacional, puesto que ocupó hasta 1925. En 1928 y 1929 fue director de *La Voz de Aragón* (Zaragoza). Políticamente se acercó al republicanismo y, en concreto, a Manuel Azaña. Fue gobernador civil de Baleares desde el 16 de febrero de 1933 al 21 de diciembre de 1935; también trabajó como colaborador de *El Liberal* y *El Mercantil Valenciano* y creador de *Política*, diario de Izquierda Republicana.

Tras el triunfo del Frente Popular fue nombrado gobernador civil de Santander (22 de febrero a 3 de junio de 1936), más tarde de Lugo (3 de junio a 5 de julio de 1936) y recaló, finalmente, en Ávila, donde le sorprendió la rebelión militar del 18 de julio de 1936. Aquí fue detenido y fusilado a principios de agosto⁷¹.

Esbozado este azaroso periplo vital, llega el momento de ahondar en la obra literaria y periodística de Ciges sobre temática colonial. Para empezar, las memorias que titula como *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra*, publicadas en 1906, recogían la primera experiencia militar de Ciges Aparicio entre los años 1893 y 1896. Estando todavía en Cataluña, sobre el rancho, por ejemplo, comenta Ciges:

Alterado el estómago, cato una cucharada y la tiro enseguida, percibiendo fuerte sabor de cal o de sal sosa. Revuelvo mi ración en busca de la carne, y veo salir pendiente de la cuchara una larga tira de piel blanca, asquerosa (...). Voy a la cantina (...). Me sirven un plato de patatas con carne, casi tan infame como el rancho, y un par de huevos. Pago la cuenta, y salgo mal comido y bien robado⁷².

Aunque la pésima alimentación y los desmesurados precios de la cantina no fueron las únicas lacras de la vida cuartelera. Entre toque y toque de retreta, se sucedían los ejercicios de instrucción, los pases de revista y, por supuesto, los malos tratos. Apenas una mancha en la guerrera era motivo para una somanta de palos y así lo expone el periodista: «Por aquellas manchas pegan

⁷¹ El relato más preciso sobre su asesinato y el desarrollo en Ávila el golpe franquista puede consultarse en Arribas (2009).

⁷² Ciges Aparicio (1986: 55-56).

los cabos. El sargento que pasa revista después pega por las mismas manchas. Luego llega el teniente de aguda dentadura, y vuelve a pegar por las manchas. Pega con saña, dando con los nudillos en la quijada»⁷³. Fueron estos abusos físicos, tan recurrentes por parte de los mandos, los que ayudan a entender el antimilitarismo visceral de Ciges y los que proporcionan una imagen tan distante y reveladora de la manida camaradería propia de la retórica castrense; un sentimiento, por supuesto, que germinó en la península, aunque maduró en las colonias.

Mientras que la apodada como campaña de Margallo apenas ocupa una pequeña porción del conjunto, algo insípida aunque claramente desmitificadora de una lucha perdida e injusta, el relato sobre la guerra cubana resulta absorbente. El autor desembarcó en Melilla en noviembre de 1893, a punto de finalizar la contienda. Por este motivo, optó por centrarse en las penosas condiciones de vida que sufría el soldado y en la arrogancia de los mandos antes que en lo estrictamente bélico. De las lluvias torrenciales, características del Rif, señaló Ciges recurriendo a un cierto tono lírico: «Aquello no es llover; ni tampoco diluviar. Es dar un puntapié omnipotente a todos los mares de la tierra y volcárnoslos encima»⁷⁴. La tropa, como ya se mencionó páginas atrás, estaba mal alimentada, mal vestida y expuesta a continuas enfermedades y humillaciones de toda índole. La descripción del trayecto en barco a Melilla es catastrófica, en unas condiciones penosas y caracterizada por los vómitos de los soldados⁷⁵. En contraste, las corruptelas y el latrocinio eran prácticas habituales de los mandos, por norma acompañados de un carácter entre chulesco y soberbio.

El distanciamiento entre el mundo civil y castrense en España resultaba insalvable por la comentada y disparatada concepción de la disciplina, imperante en el Ejército. En relación con la retórica castrense, Ciges evitó en sus memorias reproducir las soflamas de la oficialidad, pero en algunos pasajes sí que recogía, sintéticamente, sus impresiones: «Mi memoria es bastante fiel para reproducir casi literalmente toda su bélica alocución. Es un modelo de elocuencia militar, fuerte y concisa, intensa como no puede encontrarse en Tucídides. Empieza llenándonos de patriótico ardor, y termina infundiéndonos un saludable respeto, que frisa en el miedo. Pero no es miedo a los moros»⁷⁶.

Una vez más, estamos ante una alusión poco velada a la violencia de los oficiales. A resultas de esta dramática realidad, la guerra, entendida como el

⁷³ *Ibid.*: 71.

⁷⁴ *Ibid.*: 160.

⁷⁵ *Ibid.*: 150-152.

⁷⁶ *Ibid.*: 166.

mayor drama de la humanidad, convertía a los sectores más humildes, a la tropa, en peones que sufrían por unos ideales inaprehensibles. El capítulo sobre la campaña de Melilla terminaba con un lacónico: «Nos vamos por donde hemos venido. La comedia ha terminado»⁷⁷. Una denuncia del mismo sinsentido, de la misma amargura que tres décadas antes también denunciaba, por ejemplo, el coronel Victoriano de Ameller al término de la famosa guerra de Tetuán (1859-1860)⁷⁸.

Entre los pasajes más destacados de este apartado figura uno en el que aventura que la muerte de Margallo se debió a una bala procedente del bando español, concretamente de Miguel Primo de Rivera. Parece que el entonces joven teniente, y futuro dictador, se sintió indignado por el hecho de que muchos de los fusiles que los rifeños estaban empleando habían sido vendidos clandestinamente por el general⁷⁹. Por otro lado, no faltan las anécdotas sobre la brutalidad de la contienda colonial, como, por ejemplo, las referidas a la amputación de orejas entre los rifeños por considerarse una especie de trofeo entre la tropa⁸⁰.

Al batallón de Barcelona le tocó acudir a Cuba y con el propósito de ponerlo en pie de guerra se efectuó un sorteo entre los Cazadores de Figueras. Aunque entonces Ciges pensó en acudir a la academia preparatoria de Trujillo, paso previo al ingreso en Toledo, sabía que la vida del oficial no sería fácil para él. También barajó desertar, cosa que no hizo⁸¹. Así que, al final, el periodista acabó combatiendo en la manigua. Una nueva tierra, un nuevo clima, pero la misma ineficacia y errores por parte de las autoridades políticas y militares españolas. Denunció, por ejemplo, que además de la fiebre amarilla el hambre conducía a la desesperación: «Niñas de diez o doce años se rinden, inocentes y pasivas, por lo que quieran abonarles». Mientras, indiferente ante la prostitución forzosa, un soberbio Weyler pasaba revista antes de que la tropa emprendiera su marcha y Ciges subraya que «los periodistas se quedan (...). el caudillo no permite que sean testigos en el interior de la trocha»⁸².

Tampoco a Ciges le pasó desapercibido el hecho de que el conflicto cubano tenía un poderosísimo impacto en otro, el que empezaba a gestarse en

⁷⁷ *Ibid.*: 192.

⁷⁸ Ameller (1861: 67-70).

⁷⁹ Ciges Aparicio (1986: 154). La acusación es más clara en Ciges Aparicio (1932: 377-378).

⁸⁰ Ciges Aparicio (1986: 156 y 186).

⁸¹ *Ibid.*: 250.

⁸² *Ibid.*: 327-328.

Filipinas. Aunque, sobre todo, a él le preocupaba —conforme a esa perspectiva eurocéntrica tan palpable en el periodo— lo que ocurría en España:

Los sorteos se suceden. Nadie quiere ir voluntario. Los sustitutos ponen tasa más subida a su venta. Se llama a los reservistas. En los banderines se alistán todos los perdidos de la nación, y algunos infelices engañados por los contrastistas. De los que proclaman la guerra a sangre y fuego, ninguno va a batirse, ni consiente que sus hijos puedan morir de un balazo o de abandono en un hospital. Con mil quinientas pesetas compran la bula del patriotismo, que les da derecho a hablar contra los malos hijos que abandonan a la pobrecita madre España. Los elegantes coroneles que con el fajón en la maleta fueron a Melilla, se quedan en España o solicitan el retiro⁸³.

El miedo y la hipocresía definían la conducta de la oficialidad, mientras que Ciges concluía su relato con una apocalíptica frase final: «No es un régimen, es toda una España quien ha fracasado. Hay que empezar»⁸⁴. De nuevo, pues, un reproche hacia el sinsentido de la contienda y una llamada a la regeneración nacional; una regeneración, eso sí, que denostaba el falso patriotismo de los oficiales y clases acomodadas.

En 1912 Ciges volvió a la carga al publicar *Entre la paz y la guerra*, el volumen que aglutinaba, como ya se ha expuesto, las crónicas fruto de su recorrido por Marruecos. Entonces se preguntaba: «¿Qué es Melilla toda, la guerra pasada y las futuras operaciones, sino una abominable cadena de intereses que han puesto al cuello de España para rendirla más? Allá van millones y allá van hombres para apuntalar esos movedizos intereses. El patriotismo es el pretexto; la gula es la razón segura que tiene allí a treinta mil soldados»⁸⁵.

Aunque se publicase después de la segunda campaña de Melilla (1909), hacía las veces de puente entre esta y la del Kert (1911), pues se escribió cuando empezaron a circular rumores sobre esta nueva contienda. Se trata de un libro a medio camino entre la descripción y el ensayo, centrado en la crítica contra la ineficacia militar española, así como en la censura de los errores de su acción en Marruecos. López Barranco, por ejemplo, ha considerado esta obra como

⁸³ *Ibid.*: 253-254. La denuncia de este falso patriotismo de la oficialidad contrasta con las declaraciones, por ejemplo, de Joaquín Fanjul (1906: 26) al atribuir exclusivamente a la tropa las responsabilidades que todavía coleaban del 98: «De nada nos hubieran servido los elementos de mayor efecto destructor, al soldado no le latía el corazón al unísono de la Patria».

⁸⁴ Ciges Aparicio (1986: 381).

⁸⁵ Ciges Aparicio (1912: 35).

un compendio precursor del pensamiento abandonista español y un anticipo del elevado coste económico y del sufrimiento que Marruecos iba a generar en años sucesivos⁸⁶. A propósito de esa gula más arriba mencionada, Ciges llamaba la atención sobre la demora tan perjudicial en las obras portuarias de Melilla. Con una buena dosis de sarcasmo comentaba:

El negocio es ruinoso, y Comillas tiene interés en que los trabajos no avancen (...). Como en prolongando las obras indefinidamente, indefinidamente se prolongan sueldos cómodos y pingües dietas (...). Así como hemos esperado cuatrocientos años en comenzar el puerto de Melilla, bien podemos aguardar otros cuatrocientos en terminarlo (...). ¡No hay prisa! Conviene que el proyecto arraigue y germine; que los capitalistas mediten; que los ilustres logreros afilen los dientes⁸⁷.

Publicados originalmente en *El Pueblo de Valencia* y, más tarde, en *El Socialista*, estos artículos, donde se convirtió en hábito despreciar la privatización de los beneficios de la contienda, fueron objeto de censura gubernativa, ocasionándole a Ciges sucesivas penas de cárcel y exilio. Su fuerte compromiso social, en efecto, le impulsó a formular una crítica demoledora sobre la acción de España en Marruecos.

Entre la paz y la guerra consta de tres partes: «En Marruecos», «En España» y «En la emigración», es decir, en París tras huir de la justicia por sus artículos de temática marroquí⁸⁸. La oficialidad africanista, un conglomerado definido por el nacionalismo conservador y el culto al pasado imperial⁸⁹, se tornó en el principal blanco de sus ataques por sus excesivas injerencias en la política y de ella comenta: «Los militares españoles, que se han erigido en árbitros del patriotismo y en custodios del honor nacional, están acostumbrados a que se les guarde exageradas e injustificadas consideraciones»⁹⁰. No era, ni muchísimo menos, la primera vez que se cebaba contra un nacionalismo mal entendido y monopolizado por la milicia⁹¹. En *El Pueblo*, a punto de finalizar 1909, los acusó de ser

⁸⁶ López Barranco (2002: 221).

⁸⁷ Ciges Aparicio (1912: 38).

⁸⁸ «Ciges Aparicio, perseguido», *El Socialista*, 30-09-1910, p. 1.

⁸⁹ Macías Fernández (2019).

⁹⁰ Ciges Aparicio (1912: 137).

⁹¹ Su argumentario es muy similar, de hecho, al del popular Eugenio Noel: «Porque vi en la guerra que éramos los mismos bárbaros que improvisaban tácticas excéntricas

una casta orgullosa y tiránica que desprecia recónditamente el elemento civil y, metiéndose entre el pueblo —por el cual dicen equivocadamente algunos que vive en comunidad de sentimientos con él—, enseña al hijo del pueblo que lo desdén mientras permanezca en filas marciales, sin perjuicio de tratarle como ínfima plebe en sus cuarteles.

¿Militarismo? Otro prejuicio es negarle, cuando en ningún país se alza tan hosco e intratable, tan absorbente e imperativo⁹².

A la vista está, la vida cuartelera se equiparaba con una escuela de odio y no de nación. Porque frente a la pedantería patrioter y a la defensa de un colonialismo reconstituyente, este periodista denunció el sacrificio de la masa, el colaboracionismo de prensa e Iglesia, manifiesto en infinidad de colectas y tedeums, y los exorbitantes gastos que la guerra implicaba para el país:

Lo que a España conviene, y lo que el país debe hacer entender a los gobiernos, es desinteresarse pronto de Marruecos. Dicho sin anfibologías: retirar sus tropas del Rif, renunciar a ridículos, costosísimos y nominales derechos sobre unos breñales estériles y erizados de rencorosos enemigos, y contemplar tranquila desde su casa cómo los moros disputan a otros cristianos la posesión de su suelo, o cómo los cristianos beligeran entre sí, tomando pretexto de Marruecos para saciar sus inveterados odios⁹³.

«A otros cristianos», una apreciación que no debe pasar desapercibida. Aquí Ciges ponía en tela de juicio la capacidad colonizadora de España, pero sin que se pueda atisbar en su comentario rastro de anticolonialismo o un mínimo sentimiento de solidaridad o compasión hacia los marroquíes. El presidente José Canalejas, exponente de esta incapacidad, era puesto en la picota por su agresiva y letal política imperialista, mal disimulada ante los medios: «Sigilosamente han llegado y siguen llegando fuerzas a esa plaza [Ceuta] ¡No ocurre nada! Y hay que estar ciegos o muy absortos en los graves problemas propuestos en el interior de España para no advertir la negra nube que amenaza fuera»⁹⁴. Ciges restaba gravedad a las huelgas peninsulares porque no era capaz de apartar su mirada del escenario africano y abogaba por el abandono de este territorio: «Y aún hay quien dice que nuestro porvenir

en los campos carlistas, cubanos y filipinos, escribí mi odio noble contra los que condujeron el espíritu nacional a esa nueva y fatal aventura» (Noel, 1910: 14).

⁹² Manuel Ciges Aparicio: «El nexa. A Félix Azzati», *El Pueblo*, 11-11-1909, p. 1.

⁹³ Ciges Aparicio (1912: 221).

⁹⁴ *Ibid.*: 58.

está en esa exigua zona rifeña, cuyos montes serán sepulcro de españoles, ruina de la nación y motivo de conflictos internacionales!»⁹⁵. Frente a la promesa de un futuro próspero, el periodista valenciano contraponía hechos: bajas, gastos y un nacionalismo de cariz agresivo⁹⁶.

Absolutamente incrédulo, Ciges rechazaba que Marruecos fuera El Dorado, reconociendo, muy al contrario, que su aprovechamiento económico era nimio:

Lanzados hacia allí los cien mil desdichados que la miseria expulsa, va a ocurrir que muy pronto no quedará ni un palmo de terreno donde afinke un emigrante más. ¡Si lo que vamos a conquistar es muy chico! ¡Si eso no satisface las modernas tendencias colonizadoras! Hubiese satisfecho, y los belicosos podían haber intentado fructuosamente la campaña, hace un cuarto de siglo, cuando el desoído Costa preconizó la política africanista (...). Hemos llegado tarde, muy tarde, y es demencia derrochar el dinero y la energía en roturar los campos vecinos cuando al puerto propio lo pierde y seca el abandono⁹⁷.

La oficialidad africanista, así pues, intentaba curar la herida del 98, pero había llegado tarde a la carrera colonial. Este argumento económico, absolutamente irrefutable, tuvo un largo recorrido en todas las movilizaciones que el socialismo organizó contra las campañas africanas. Como es sabido, las tres explicaciones clásicas esgrimidas por el socialismo para rechazar la expansión española en Marruecos serían, andando el tiempo, que el protectorado no era necesario para la expansión de la agricultura española porque en la metrópoli existían muchas tierras incultas y de mejor calidad que las marroquíes; que Marruecos no constituía una zona de expansión financiera, ya que España no tenía ni exceso de producción industrial ni capitales sobrantes y, por último, Marruecos no representaba una frontera ante Francia, sino un frente generador de nuevos conflictos.

Las tres tesis, de modo pionero, fueron esgrimidas por Ciges Aparicio antes de que las hostilidades con Marruecos alcanzaran su punto álgido, como ocurriría a raíz del episodio de Annual⁹⁸. De Francia, ya en 1911, el periodista

⁹⁵ *Ibid.*: 208.

⁹⁶ Son argumentos similares a los expuestos por Pablo Iglesias en sede parlamentaria casi al mismo tiempo: «Nosotros no somos un país que podamos luchar hoy con Francia, ni con Alemania, ni con Inglaterra, ni con los Estados Unidos. Por desconocerlo, se corrió aquella aventura». En *Diario de Sesiones*, Senado, n.º 38, p. 983.

⁹⁷ Ciges Aparicio (1912: 80).

⁹⁸ Estas tesis fueron sistematizadas en 1921 por Julián Besteiro, que también tempranamente se opuso a las expediciones militares y denunció los intereses privados de los

ensalzó su determinación e inteligencia porque «persigue con lúcida visión del porvenir la creación del vasto imperio marroquí soñado por Delcassé (...). No escatima las artes de atraerse a los jefes de cabilas (...). Crea intereses por todas partes (...). Alimenta la animosidad del indígena contra su rival español»⁹⁹. Ciges sabía de buena tinta que las relaciones diplomáticas con el Ejecutivo galo eran tensas. Pero sabía también, y había insistido en ello, que había que mirar hacia dentro, hacia el mal patrio del militarismo¹⁰⁰, antes que arrojar balones fuera para comprender verdaderamente la errática práctica colonial de España.

V. CONCLUSIONES

Una carta interceptada contra la actuación del general Weyler en Cuba, allá por 1896, condenó a Ciges a una larga estancia carcelaria. Pero, sobre todo, esa experiencia antillana le sirvió para concienciarse, de por vida, ante los abusos del militarismo. Ya fuera como periodista, escritor, traductor o político, Ciges consagró su vida a denunciar los excesos del poder y, en particular, el de los oficiales sobre una tropa abandonada a su suerte, insuficientemente dotada y muy desnortada¹⁰¹. No le faltaba razón al censurar las profundas diferencias de clase en el seno del Ejército y en esta tarea se empeñó, pudiendo siempre alardear de una mirada honesta y de una pluma hiriente. En esas diferencias radicó el germen de su antimilitarismo y de muchos razonamientos instrumentalizados por el PSOE. Reparó, entre otros elementos, en las penalidades del rancho y de los transportes, en el efecto perjudicial de la censura, en la práctica del contrabando e, incluso, en la cobardía de los oficiales. Lo ocurrido en Marruecos le recordaba, seguramente más de lo

políticos en Marruecos, incluyendo a Alfonso XIII (1921: 25-31). Para abundar en el posicionamiento del socialismo español a raíz del episodio de 1921, véase Moreno Juste (1990).

⁹⁹ Ciges Aparicio (1912: 94).

¹⁰⁰ La crítica antimilitarista guarda mucho parecido con el discurso de Eugenio Noel: «La improvisación de los oficiales, como en las guerras de Cuba y Filipinas, no ha enseñado aún nada. Quien maneja la espada no es la mano, es la cabeza, y, desgraciadamente, los cuarteles no tienen gimnasios ni bibliotecas y sin ellos un ejército se expone a quedarse atrancado en el Barranco del Lobo» (Noel, 1910: 296).

¹⁰¹ Una década después, el republicano Rodrigo Soriano, por ejemplo, también cargaba contra el «militarismo hueco, caricatura de nación belicosa que, como don Sebastián *el Africano*, iba a la pelea con rico traje, pero sin cañones» (Soriano, 1922: 406).

necesario, a lo vivido en Cuba. Así que de la lectura de ambas contiendas coloniales extrajo dos lecciones: que el país se hallaba estancado, falto de una verdadera regeneración; y que la clase trabajadora, tanto en la manigua como en los peñascos rifeños, continuaba siendo víctima de unas guerras sin propósito claro.

En este difícil contexto, la Ley de Reclutamiento y Reemplazo de 1912 fue, seguramente, un simple parche en un sistema intrínsecamente injusto. Pero fue también la demostración de que la presión popular podía surtir su efecto y, sin duda, los escritos de Ciges sirvieron para nutrir de argumentos a las nacientes masas. En París, Manuel Ciges Aparicio continuaría con su labor periodística, aunque esa ya es otra historia.

El socialista Luis Araquistáin, amigo y admirador suyo, le dedicó unas sentidas palabras que bien pueden servir de colofón para este breve trabajo por cómo sintetizan el alcance de su figura y obra: «Ciges Aparicio no se esfuerza lo más mínimo por imponer sus obras a la realidad de donde las toma. No pisa fuerte ni habla campanudamente. Tendrán que pasar dos o tres siglos para que los eruditos encuentren sus libros bastante viejos y empiecen a hacerle la justicia de colocarlo entre los primeros escritores del siglo xx»¹⁰².

Confiamos en que, al menos, este vaticinio no se cumpla.

Bibliografía

- Alía Miranda, Francisco (2018). *Historia del Ejército español y de su intervención política*. Madrid: Catarata.
- Alonso, Cecilio y Tortosa, Virgilio (1998). *A contracorriente: Manuel Ciges Aparicio (1877-1936)*. Enguera: Ayuntamiento de Enguera.
- Ameller, Victoriano de (1861). *Juicio crítico de la guerra de África*. Madrid: Imprenta de Francisco Abienzo.
- Angenot, Marc (2004). L'antimilitarisme contre la «religion patriotique». *Mots. Les langages du politique*, 56, 41-58. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/mots.2093>.
- Arribas, Jesús (1984). *Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia*. Madrid: Noventa y cinco.
- Arribas, Jesús (2009). Manuel Ciges Aparicio. El precio del compromiso. En Julio Rodríguez Puértolas (coord.). *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*. (pp. 329-334). Madrid: Istmo.
- Balfour, Sebastian (2002). *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona: Península.
- Barea, Arturo (1986). *La forja de un rebelde (vol. II: La ruta)*. Barcelona: Plaza y Janés.

¹⁰² Luis Araquistáin: «La ausencia de Ciges Aparicio», *La Voz*, 21-02-1925, p. 1.

- Bermúdez Mombiela, Alfonso (2020). *Colonialismo español a principios del siglo XX: el impacto de las guerras de Marruecos en Zaragoza (1906-1927)* [tesis doctoral inédita]. Universidad de Zaragoza.
- Besteiro, Julián (1921). *El Partido Socialista y el problema de Marruecos*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Borreguero Beltrán, Cristina (1989). *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII. Orígenes del servicio militar obligatorio*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Borreguero Beltrán, Cristina (1990). Los motines de quintas. *Cuadernos de Historia Moderna*, 10, 147-162.
- Borrell Merlín, María Dolores (2003). Visión progresista de las relaciones España-Marruecos: el antecedente de Pablo Iglesias. *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 22, 59-76.
- Callahan, Kevin (2010). *Demonstration Culture. European Socialism and the Second International*. Leicester: Troubador Publishing.
- Cantavella, Juan (1998). Ciges Aparicio: el periodista que empezó (mal) como militar y acabó (peor) como político. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 4, 61-69.
- Ciges Aparicio, Manuel (1912). *Entre la paz y la guerra*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.
- Ciges Aparicio, Manuel (1932). *España bajo la dinastía de los Borbones*. Madrid: Aguilar.
- Ciges Aparicio, Manuel (1985). *El libro de la vida trágica: Del cautiverio*. Alicante: Caja de Ahorros; Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- Ciges Aparicio, Manuel (1986). *El libro de la crueldad: Del cuartel y de la guerra*. Alicante: Diputación de Alicante; Caja de Ahorros; Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- Claeys, Gregory (2012). *Imperial Sceptics. British Critics of Empire, 1850-1920*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cosson, Olivier (2014). Le pacifisme de Jaurès et les faux-semblants du bellicisme militaire en France avant 1914. Comunicación presentada en el coloquio *Jaurès pacifique et pacifiste*, Castres, 8-9 de noviembre de 2013. Disponible en: <https://shorturl.at/BMrHM>.
- Doñate Sanz, María P. (2020). La reanudación del servicio militar obligatorio. Europa vs. España. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 5 (1), 31-43.
- Elorza, Antonio y Hernández Sandoica, Elena (1998). *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*. Madrid: Alianza.
- Fanjul Goñi, Joaquín (1906). *Sociología militar. Misión social del ejército*. Madrid: Eduardo Arias.
- Feijóo Gómez, Albino (2023). «¡Abajo las quintas!». Protesta contra el modelo de reemplazo decimonónico. En Francisco Leira Castiñeira (coord.). *El pacifismo en España desde 1808 hasta el «No a la Guerra» de Iraq* (pp. 65-90). Madrid: Akal.
- Fernández Bastarreche, Fernando (1977). La cuestión de las quintas en el Sexenio Revolucionario. *Revista de Historia Militar*, 43, 7-17.
- Fernández Vargas, Valentina (2004). *Sangre o dinero: el mito del Ejército Nacional*. Madrid: Alianza.
- Fontenla Ballesta, Salvador (2017). *La guerra de Marruecos (1909-1917)*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Frieyro de Lara, Beatriz (2000). *El reclutamiento militar en la crisis de la Restauración: el caso riojano (1896-1923)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.

- Frieyro de Lara, Beatriz (2002). *De campesino a soldado. Las quintas en Granada (1868-1898)*. Granada: Universidad de Granada.
- Frieyro de Lara, Beatriz (2024). Oficiales españoles en la crisis de la Restauración (1903-1922). Un estudio social. *Historia Contemporánea*, 76, 797-828. Disponible en: <https://doi.org/10.1387/hc.23900>.
- Gajate Bajo, María (2012). *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa*. Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado.
- Gajate Bajo, María (2019). El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8 (16), 82-103.
- García Moreno, José F. (1983). *Servicio militar en España, 1913-1935*. Madrid: Servicio de Publicaciones del EME.
- Gil Muñoz, Carlos (2002). *Cancionero popular de quintos y soldados*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- González-Pola de la Granja, Pablo (2003). *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Gracia Alonso, Francisco (2024). *Gobernar el caos. Una historia crítica del ejército español*. Madrid: Desperta Ferro.
- Granda Lorenzo, Sara y Martínez Peñas, Leandro (2009). La legislación española de reclutamiento militar. En Francisco Alía Miranda (coord.). *La guerra de Marruecos y la España de su tiempo (1909-1927)* (pp. 67-81). Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha.
- Howe, Stephen (1993). *Anticolonialism in British Politics: The Left and the End of Empire, 1918-1964*. Oxford: Oxford University Press. Disponible en: <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198204237.001.0001>.
- Iglesias Amorín, Alfonso (2022). *Marruecos, panteón del imperio español (1859-1931)*. Madrid: Marcial Pons.
- Lima Sarmiento, Edel (2016). Un estado del arte en torno a los estudios sobre la prensa española y la Guerra del 98. *Anales de Investigación*, 12, 244-252.
- López García, Bernabé (2007). *Marruecos y España. Una historia contra toda lógica*. Sevilla: RD Editores.
- López Barranco, Juan José (2002). *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*. Madrid: Mare Nostrum.
- Losada, Juan Carlos (2019). *El ogro patriótico. Los militares contra el pueblo en la España del siglo XX*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Mackenzie, John M. (2011). *European Empires and the People. Popular Responses to Imperialism in France, Britain, Netherlands, Belgium, Germany and Italy*. Manchester: Manchester University Press.
- Madariaga, Rosa María de (2009). *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid: Alianza.
- Maestro, Javier (2024). *La trayectoria del marxismo revolucionario: el plano internacional, 1880-1920*. Barcelona: Sylone y Viento Sur.
- Martín Corrales, Eloy (2009). Las guerras de Marruecos y la opinión pública española, 1859-1958. En Francisco Alía Miranda (coord.). *La guerra de Marruecos y la España de su tiempo (1909-1927)* (pp. 135-152). Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha.

- Martín Corrales, Eloy (2011). Movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos (julio-agosto de 1909). En Eloy Martín Corrales (coord.), *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo* (pp. 121-182). Barcelona: Bellaterra.
- Miller, Paul B. (2002). *Antimilitarism in France, 1870-1914*. Durham; London: Duke University Press.
- Molina Luque, Fidel (2012). *Servicio Militar y conflicto. Historia y sociología de las quintas en España (1878-1960)*. Lleida: Milenio.
- Moreno Juste, Antonio (1990). El Socialista y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12, 103-132.
- Navajas Zubeldia, Carlos (1991). *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1939)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Noel, Eugenio (1910). *Notas de un voluntario. Guerra de Melilla, 1909*. Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández.
- Núñez Florencio, Rafael (1990). *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pérez-Llorca, Jaime (1998). 1898. *La estrategia del Desastre*. Madrid: Sílex.
- Pérez Vejo, Tomás (2020). 3 de julio de 1898. *El fin del imperio español*. Barcelona: Taurus.
- Propes, Elizabeth (2011). Re-thinking antimilitarism: France, 1898-1914. *Historical reflections*, 37, 45-59. Disponible en: <https://doi.org/10.3167/hrh.2011.370103>.
- Pulido, Ángel (1911). *El servicio militar obligatorio: (información internacional)*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de El Liberal.
- Puell de la Villa, Fernando (1979). Las reformas del general Cassola. *Revista de Historia Militar*, 46, 143-174.
- Puell de la Villa, Fernando (1996). *El soldado desconocido. De la leva a la mili (1700-1912)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Puell de la Villa, Fernando (2005). *Historia del ejército en España*. Madrid: Alianza.
- Qiu, Manqing (2018). *La guerra de Cuba. Un análisis desde diferentes perspectivas* [tesis doctoral inédita]. Universidad Complutense de Madrid.
- Rivilla Marugán, Guillermo (2014). *Élites y quintas: el debate parlamentario sobre el reclutamiento militar en el siglo XIX* [tesis doctoral inédita]. Universidad de Valladolid.
- Rodríguez Delgado, Esaú (2012). La sustitución o redención para el servicio militar a mediados del siglo XIX. *Iberian. Revista Digital de Historia*, 4, 16-24.
- Sánchez Andrés, Agustín (2020). *Entre la espada y la pared. El fracaso del primer experimento autonómico español en Cuba, 1897-1898*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I. Disponible en: <https://doi.org/10.6035/America.2020.41>.
- Sales de Bohigas, Nuria (1974). *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*. Barcelona: Ariel.
- Santos, Félix (1998). 1898: *La prensa y la guerra de Cuba*. Bilbao: Asociación Julián Zugazagoitia.
- Serrano, Carlos (1982). Prófugos y desertores en la guerra de Cuba. *Estudios de Historia Social*, 22-23, 253-278.
- Serrano, Carlos (1998). El PSOE y las cuestiones coloniales (1890-1914). *Hispania*, 198, 283-304. Disponible en: <https://doi.org/10.3989/hispania.1998.v58.i198.667>.

- Sevilla López, José Manuel (2019). *Cuba, 1800-1878. Guerra de los Diez Años*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Soriano, Rodrigo (1922). *¡Guerra, guerra al infiel marroquí!* Madrid: Talleres tipográficos El Día de Cuenca.
- Stucki, Andreas (2017). *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Suárez Inclán, Pío (1915). *El problema del reclutamiento en España*. Madrid: Establecimiento Tipográfico «El Trabajo».
- Truxa, Sylvia (1986-1987). El laberinto carcelario de Ciges Aparicio. *Anales de Literatura Española*, 5, 519-532. Disponible en: <https://doi.org/10.14198/ALEUA.1986-1987.5.26>.
- Urquijo, Fernando de (1910). *La campaña del Rif en 1909. Juicios de un testigo*. Madrid: Librería de Pueyo.
- Velasco Martínez, Luis (2020). *La nación marcial. Servicio Militar Obligatorio y Educación Patriótica en España, 1898-1982* [tesis doctoral inédita]. Universidad de Santiago de Compostela.